

COOPERANTES EN EL PUNTO DE MIRA

El secuestro de dos cooperantes italianas en Irak ha desatado otra ola de repulsa e indignación social. Pero por inadmisibles que nos parezca atacar a quienes intentan socorrer a la población civil, el fenómeno no es nuevo ni sorprendente. Desde 1996 más de 300 cooperantes han sido asesinados en todo el mundo. Y en lo que va de año, otros 25 han perdido la vida sólo en Afganistán, tantos como soldados de la fuerza internacional.

La manipulación de la compasión con fines políticos, militares y comerciales es antigua. En 1902 Joseph Conrad ya criticó el uso hipócrita del lenguaje misericordioso en *El corazón de las tinieblas*, donde Kurtz expolia marfil en África para la *desinteresada* Sociedad internacional para la supresión de las costumbres salvajes.

Sin embargo, el fin de la Guerra Fría marcó un punto de inflexión dramático que provocó el empeoramiento progresivo de las condiciones de seguridad para las agencias de ayuda. Desgarrado el telón de acero, los conflictos dejaron de ser enfrentamientos ideológicos entre capitalismo y comunismo para convertirse en luchas étnicas en estados dictatoriales. Sin enemigo definido, la política exterior de los países dominantes navegaba a la deriva, hasta que dieron con el salvavidas solidario.

En 1992, los *marines* estadounidenses consumaron en Somalia la primera “intervención militar humanitaria” para proteger las actividades de las ONG. En 1999, la OTAN definió el bombardeo de Kosovo como una “guerra humanitaria”. Esta vez, las tropas montaron campos de refugiados en Macedonia y gestionaron la distribución de la asistencia. En poco tiempo la escena había dado un vuelco espectacular: a principios de los noventa los ejércitos apoyaban los proyectos humanitarios de las ONG; a finales de la década las ONG apoyaban los proyectos humanitarios de los ejércitos.

Tras los atentados del 11-S, la Casa Blanca dio otro giro de tuerca. En plena invasión de Afganistán, Washington aclaró: “las ONG son fuerzas multiplicadoras y pieza esencial del equipo de combate de Estados Unidos”. Presenciamos entonces el impúdico lanzamiento simultáneo de bombas y comida sobre las aldeas afganas. Tres años después, los hombres del Pentágono aún dispersan folletos advirtiendo a la población de que no recibirá ayuda si no les facilitan información acerca de Al Qaeda.

Las organizaciones *no gubernamentales*, que gracias al dinero que los *gobiernos* han invertido en su política caritativa han proliferado como setas, también tienen parte de culpa. El planeta ONG, una sigla que define algo inconcreto por la vía de la negación, es un cajón de sastre que contiene instituciones muy dispares. Unas cuantas avisan de los peligros de la apropiación que los ejércitos hacen del trabajo y el mensaje humanitarios. Otras muchas, con menos recursos, no dudan en emplear aviones militares para transportar suministros, viajar escoltados por tanquetas y solicitar intervenciones armadas.

Soldados que ponen vacunas y cooperantes a bordo de helicópteros con lanzacohetes. No es de extrañar que a los ojos de víctimas e insurgentes los solidarios sean de todo menos neutrales. Si los gobiernos occidentales han incorporado las ONG en sus estrategias bélicas, ¿por qué no iban a imitarles sus enemigos? Hoy, rebeldes y terroristas las consideran un objetivo militar legítimo que atacan para conseguir financiación, eliminar testigos incómodos o presionar a sus adversarios. Sus oficinas son blanco de coches bomba en Bagdad, sus aviones son abatidos en Sudán, sus representantes son ejecutados en Somalia y secuestrados en el Cáucaso. A finales de julio, Médicos Sin Fronteras hizo pública su retirada de Afganistán a consecuencia del asesinato premeditado de cinco de sus miembros. Los líderes talibanes justificaron el crimen porque “las ONG defienden los intereses estadounidenses”. En agosto, el gobierno español anunció el orgulloso envío de un destacamento de tropas filantrópicas a montar un hospital en Kabul.

Aprovechando el Forum Universal de las Culturas de Barcelona, Javier Solana sacó la bola de cristal para pedir que “las ONG cambien de mentalidad y se avengan a trabajar con las fuerzas militares”. Las organizaciones solidarias son víctimas de su propio éxito. El humanitarismo se ha convertido en un sustituto de la política, peor aún, se ha convertido en política en sí mismo. Y no hay marcha atrás. Las ONG pueden suspender sus actividades y denunciar las graves consecuencias de esta impostura tanto como quieran. Pero tarde o temprano tendrán que enfrentarse al verdadero dilema: o renuncian a sus principios de neutralidad e independencia o cierran el chiringuito.

Jordi Raich

Autor del libro: El espejismo humanitario (Editorial Debate)

www.jordi-raich.com

Septiembre 2004